

Sirvan de alguna disculpa al desaliento y la fatiga de inteligencia y corazón que en este libro se adviertan, el tiempo en que se ha escrito y el sentimiento que en el alma del escritor dominaba!

ANTONIO DE TRUEBA.

Madrid, Julio de 1874.

MARI-SANTA.

I.

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

—Señor, en la sala espera un señor cura que pregunta por V.

—Salgo inmediatamente.

Sali y me encontré con un señor cura, como de mi edad, que al verme se levantó y se dirigió á mi encuentro sonriendo y como con ánsia de abrazarme, mientras yo me dirigia al suyo, también sonriendo y con la misma ánsia, porque me parecía que aquella bondadosa cara era alguna que me había sonreído amorosamente hacia mucho tiempo.

—¡Antonio!

—¡Francisco!

Exclamando así nos abrazamos estrechamente el cura y yo, llorando los dos de alegría, según opinión de un angelito rubio y sonrosado, que al oírnos se acercó á la puerta de la sala á curiosear, nos miró y echó á correr por donde había venido, diciendo :

—¡ Mamá , lloran papá y ese señor cura que ha venido á verle !

Habia motivo para que Francisco y yo llorásemos de alegría al volvernos á ver despues de más de veinticinco años de separacion.

Francisco era el compañero inseparable de mi infancia. Sus padres eran pobres labradores como los míos, y su casa estaba un tiro de piedra más abajo de la nuestra. Entre ambas casas sólo mediaban unas huertas llenas de frutales y separadas por una estradita que ponía en comunicacion á Santa Gadea la de arriba, que sólo constaba de nuestra casa y otra derruida, y á Santa Gadea la de abajo, que constaba de tres, una de ellas la de los padres de Francisco.

En aquella estradita, en aquellas huertas, bajo los nogales y los cerezos fronteros á las casas de abajo y á la casa de arriba y aún encaramados en el emparrado que entoldaba un buen trecho de la parte superior de la estrada, sirviéndonos á los chicos de puente para pasar de las huertas de un lado á las del otro, Francisco y yo éramos los que con más frecuencia travesábamos y alborotábamos el día de fiesta y ántes ó despues de la escuela.

Pero travesear y alborotar no era el mayor solaz de Francisco : éralo hacer iglesitas bajo los nogales y los cerezos y aún predicar desde el tronco de un nogal que tenía un gran nudo, en el que se colocaba Francisco, y hubiera sido un excelente púlpito á no carecer de barandilla.

Yo no tenía tanta aficion como mi compañero á las

iglesitas y las cosas con ellas relacionadas, porque el misticismo no era en mí tan vivo como en Francisco ; pero otro sentimiento me las hacia sumamente simpáticas, el sentimiento de lo bello, delicado y tierno, que despues he conocido ser el sentimiento de la poesía.

En la casa derruida por un incendio, que nosotros no alcanzamos, nos proveíamos de ladrillos rotos, con que Francisco, sirviéndole yo de ayudante, construía las paredes maestras de la iglesia. Levantadas las paredes, arrancábamos palancos (ó estacas) de los setos, que nos servían de vigas para el techo ; cubríamos estas vigas con cascotes de teja ; procedíamos en seguida á construir el campanario, y colocábamos en él una esquila de las del ganado, que tocábamos con ayuda de una cuerda atada á ella.

El altar y el retablo los fabricábamos con piedrecitas y arcilla, y de esta última materia hacíamos los santos que, una vez colocados en los nichos, adornábamos de florecillas.

En lo único en que yo era muy diestro, segun opinión de Francisco, era en la fabricacion de misales, en cuyas hojas trazaba, sirviéndome de tinta el jugo de las bayas maduras del yezgo, unos garabatos que yo calificaba de Cristos y notas de canto.

Cuando el interior de nuestra iglesita, en que cabía el medio cuerpo tendido de uno de nosotros, estaba como una ascua de oro, encendidas en el altar una porcion de velillas que hacíamos recogiendo una gota de cera aquí y otra en el otro lado, y hasta pellizcando subrepticamente la candela que nuestras madres llevaban el domingo

á la parroquia para alumbrar la sepultura de nuestros abuelos ; cuando habíamos alfombrado el pavimento con hojas de zarza-rosa y hierbecillas aromáticas y habíamos adornado altar y retablo con clavellinas silvestres y florecillas de jazmín y madreselva, que abundaban en las cercanías de la aldea ; cuando tocábamos la campanita y entonábamos la salve ó la letanía, las buenas mujeres de las caserías inmediatas que se acercaban á nuestra iglesia se enternecían viendo todo aquello hasta saltárseles las lágrimas, y decían á Luisa, la madre de Francisco :

—¡ Bendito sea Dios, qué habilidad tiene este Quiquillo tuyo para las cosas de iglesia! ¡ Y qué dolor tan grande que no podais ponerle á estudiar para cura!

—Es verdad, contestaba Luisa suspirando, pero todavía esperamos poder enviarle á estudiar latin, aunque sea empeñándonos hasta los ojos.

La guerra civil que desuela ahora las Provincias Vascongadas, como si quisiera desquitarse en ellas de aquellos treinta ó más años de profunda paz en que con frecuencia hizo de las suyas en el resto de España, sin lograr penetrar allí ; la guerra civil, que Dios maldiga, afligia á nuestro país, y Francisco y yo nos separamos para ir, Francisco á estudiar latin no sé dónde, y yo para venir á Madrid, nadie sabía á qué, pues nadie podía saber que venía á escribir libros.

Si el angelito rubio y sonrosado hubiese sabido estos antecedentes, no hubiese extrañado que llorasen papá y el señor cura que habia ido á verle!

II.

EL PASEO SOLITARIO.

Cuando Francisco y yo volviamos á vernos era por Setiembre de 1862, justamente el dia despues de mi llegada á Bilbao, de que habian dado noticia á Francisco los periódicos locales.

No era yo ningun personaje ilustre, ni mucho ménos, para que los periódicos anunciaran mi vuelta á la patria ; pero la patria, sin yo merecerlo ni solicitarlo, acababa de aclamarme uno de los hijos que más la honraban, y como entónces no habia en Vizcaya liberales ni carlistas, sino solamente vizcaínos, los periodistas mis compatriotas no querian ser conmigo ménos generosos que la patria.

Francisco y yo recordamos y hablamos mucho en nuestra primera entrevista ; pero como aún nos quedaba mucho que recordar y hablar, convinimos en que la tarde siguiente daríamos juntos un largo paseo por sitios solitarios donde nadie, ó casi nadie, interrumpiese nuestra conversacion.

Yo esperé con impaciencia este paseo por varias y muy diferentes razones : por volver á ver á Francisco ; porque éste debia contarme su vida desde que nos separamos en la aldea, pues sólo me habia dicho que residia en Bilbao hacia algunos años, y, por último, porque yendo á establecerme, quizá para siempre, en la misma

poblacion, nadie como Francisco podia darme á conocer el carácter de mis nuevos convecinos.

Donde quiera que fueres haz lo que vieres, dice el refran; pero para ver son de gran ayuda los ojos de un sacerdote, que están acostumbrados á penetrar hasta en el fondo de las conciencias.

Llegó la tarde del dia siguiente templada y hermosa, y pasando el Ibaizábal por el puente de Isabel II, nos dirigimos á la amena llanura de Abando, entre cuyas heredades y frecuentes caserías abundan aquellos caminos vecinales que llamamos estradas, y son muy gratos desde que Abril puebla sus enramadas de hoja, flores, frutas silvestres y pájaros, hasta que Noviembre las despoja de todos estos atractivos.

Cuando yo era niño oia contar que el diablo se aparecia al que le invocaba la noche de San Juan á las doce en punto, en sitio donde no se oyeran campanas. No porque tuviese yo ánimo de invocar al diablo y mucho ménos porque desease que se me apareciera, sino por pura curiosidad y propension á averiguarlo todo, solia yo echarme á pensar cuál sería el sitio donde no se oyeran campanas, y nunca daba con él, porque en Vizcaya hasta las soledades del alma, donde nunca solian faltar amores divinos y amores terrenales, eran escasísimas; pero á pesar de esto, casi á las puertas de Bilbao, hay una soledad tan misteriosa, tan callada, tan honda que parece hecha de encargo para meditar y para comunicarse dos almas allí encerradas, sin que los rumores del mundo exterior vengán á turbar sus confidencias.

Casi encima, en los castañares de la izquierda, suele

alzar su argentina vocecilla la campana de Larrasquitu, y casi á su entrada, al terminar el llano de Abando, canta el dia de fiesta la campanita de Elejabárrri; pero dudo que la voz de la primera consiga descender, ni la voz de la segunda consiga entrar al fondo del profundo, estrecho y retorcido valle de Iturrigórri.

Hay, al mediar éste, una caudalosa fuente ferruginosa que le ha dado nombre. Hasta aquella fuente llegan las exploraciones del mundo clorótico y sus satélites, que se horrorizan de pasar de allí.

Francisco y yo no sentimos este horror, pues no satisfechos con la soledad de las estradas, tomamos la márgen del riachuelo y no nos detuvimos hasta llegar al límite del hondo vallecillo, donde nos dió el alto el casi vertical estribo del Pagazárri.

¿Cuál fué nuestra conversacion durante este largo paseo? Narrarla es imposible, y aún para resumirla se necesita capítulo aparte.

III.

CONFIDENCIAS.

— ¿Cómo, me preguntó Francisco, te has hecho escritor?

— ¡Ay! suspiré por única contestacion, y tambien fué la de Francisco un suspiro cuando á mi vez le pregunté cómo se habia hecho cura.

Era sin duda que volviamos la vista, yo al espacio que habia entre los cantares recogidos por el viento, ba-